

palabra, todo le parece enigmático, confuso é intolerable.

Lo vemos ya entre los antiguos. Indudablemente desplegaban gran energía mientras conservaban esperanza; pero cuando la patria, que era todo para ellos, estaba en peligro, entonces procedían como quien por primera vez siente un terremoto. Oscila el suelo, se turba su espíritu. Cree que se hunde el firmamento, vacila como un hombre ebrio, y pierde la reflexión y la inteligencia, le parece incierto cuanto hasta entonces había considerado como fuerte y seguro; de nada se fía. De ese modo también proceden los chinos, tan tranquilos habitualmente, cuando amenaza al Estado el más pequeño infortunio; es su cielo, su tierra, su padre, su sol, su aire, su todo. Están ligados á él tan estrechamente como el caracol á su concha; si les amenaza un peligro, pierden la cabeza y el suicidio se hace epidémico. ⁽¹⁾

Y tal sucede siempre y en todas partes en los momentos difíciles, cuando el hombre no es capaz de elevarse por encima de las aspiraciones y de los pensamientos terrenos; por eso el *Breviario del pesimista* comete un error al decir que no hace pesimistas la impiedad, sino que, por el contrario, el pesimismo es el que hace ateos. ⁽²⁾ Á la verdad, jamás será nadie presa de una amargura y una desesperación completas si conserva viva la fe en la providencia de Dios; pero cuando, como Strauss, no ve en los procedimientos del mundo más que un molino que mueven la maldad, la locura y la suerte ciega, y puede á cada instante coger á uno y triturarle; cuando, como Shelley, abandona toda religión y en todo cuanto le sucede sólo sabe exclamar: ⁽³⁾ «No te dejes dominar ni por el horror del infierno ni por la felicidad del cielo, sino únicamente por el ciego azar que gobierna al mundo», entonces estamos en presencia del pesimismo completo.

(1) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, II, 132 y sig.

(2) *Pessimistenbrevier*, (2) 257.

(3) Shelley, *Poet. Werke* (Seybt), 265.

Tal es la ruta que siguen casi todas las gentes que desesperan del mundo: creyeron sin Dios poder entenderse consigo mismos y con el mundo, pero, como era lógico, sufrieron cruel desengaño; de ahí procede el dolor universal, el último grito de la sorpresa y de la decepción. Alguien, á quien su propia experiencia había hecho comprender esto como pocos, el desdichado Lenau, lo dice en términos claros: «Desde que pretendiste rivalizar con los más elevados poderes, el gusano más pequeño puede silenciosamente suscitarse en tu corazón una tempestad». ⁽¹⁾

5. La vida y las obras del mundo.—Pero si, como sabemos, el primer axioma del Humanismo es que debe prescindirse de Dios, á lo menos en la consideración y en la organización del mundo, entonces el pesimismo es inevitable.

En la época romántica, cuando maravillosamente sabían con singular destreza fingir una vida artificial, podía aun evitarse ese peligro; pero nuestra generación, que, en arte como en literatura, vive sujeta á la influencia del más grosero naturalismo, toma al pie de la letra que Dios está alejado del mundo. Por esto se comprende que el pesimismo esté relacionado estrechamente con esa tendencia. Aunque no se tenga la menor inclinación á despreciar la humanidad, basta ver la vida real para decirse que con toda la tolerancia y caridad posibles, estremece la idea de vivir en esta sociedad, si no se cree ya que Dios, no obstante el poder del mal, gobierna con fuerte mano á los hombres.

Representémosnos un momento á todos los prestidigitadores, juglares, caballeros de industria y propietarios de barracas en la feria de la vida que tan admirablemente nos describe Thackeray. ¿Quién se atrevería á entrar sin escolta? Automedonte se sirvió ya de una expresión fuerte: ciertamente no la aprobamos, pero la citaremos para que se sepa cómo creía deber juzgar los procedimientos del mundo un hombre que veía claro, un griego que tenía edu-

(1) Lenau, *Gedichte* (Stuttgart, 1857), II, 249.

cación clásica, y en cuyo espíritu no alimentaba dulzura y moderación la fe en la providencia divina, que no conocía. No sabe decir otra cosa que las palabras abominables: «Por la noche, cuando están dominados por el vino, se les puede llamar hombres; durante el día, son fieras que roban, arañan y muerden». ⁽¹⁾

Y, al lado de esto, hay la muchedumbre enorme de autores llenos de artificios y exteriormente cubiertos de oropeles brillantes, pero falsos y vacíos en el interior. ¿Quién desearía vivir durante mucho tiempo con hombres disfrazados siempre, usando zapatos de tacón extraordinariamente alto, apareciendo tan sólo en carnavalescos trajes resplandecientes de oro, y no dejando nunca de hablar con énfasis, porque demasiado bien saben que, á lo más, hablan de la naturaleza, pero en manera alguna se atreven á presentarse delante de los demás, en su verdadera naturaleza? Y está el escenario de la vida tan lleno de gentes así, que el humorista americano, Marc Twain, no sabe dar á su descripción de la época un título más adecuado que el de *Época dorada*; en tanto que el catedrático y senador florentino, Pablo Mantegazza, llega hasta á infamar nuestro civilizado siglo con la denominación de hipócrita.

Si tales hombres no fuesen más que héroes de novela, sólo risa nos producirían; pero lo triste es que son ellos precisamente los que imprimen dirección á la vida y, por lo tanto, á la historia. Un hombre digno podría indignarse ya al ver la medianía de los espíritus que alcanzan grandes éxitos, en tanto que él mismo, con todas sus aptitudes y toda la actividad que despliega, vive siempre oscurecido. Si además observa los medios de que se valen para conseguir sus fines, y las nulidades de que dependen verdaderos acontecimientos, podemos muy bien perdonarle que se encolerice. ¡Qué gigantescas luchas por puerilidades! Según Swift, la guerra dura ya desde hace tres años entre Liliput y Blefuscu; el primero de estos reinos

(1) *Anthologia Palatina*, 11, 46.

lleva perdidos treinta mil de sus mejores soldados y de sus más bravos marineros; el pueblo está en un grado tal de excitación, que se amotinó seis veces, fué muerto un rey y destronado otro, once mil personas murieron á manos del verdugo, fué desterrado un número aún más considerable, y todo esto porque no podían ponerse de acuerdo en si valía más partir el huevo por el extremo grande ó por el pequeño. ⁽¹⁾ Tales son con demasiada frecuencia las causas de los llamados grandes acontecimientos en el teatro de la vida.

¿Cuáles son, pues, los móviles de esas intrigas mezquinas, con tanta astucia y con tanta malicia ejecutadas, y gracias á las que los hombres que disponen la lluvia y el buen tiempo conquistan los mejores puestos en el banquete de la vida, con su reverencia, su ductilidad rastrea, sus mentiras y sus lisonjas, cuando no llegan nunca á ser nada almas distinguidas que no quieren rebajarse ni rebajar á los demás con golpes de incensario? ¡Ah! Mucho hay de verdad en las quejas del achacoso Leopardi: «Siempre serán como extranjeros en cada Estado, y alejados siempre de la vida pública, la virtud y el valor, la modestia y el amor á la justicia; serán oprimidos y hollados siempre; y en cambio, prevalecerá la alianza de la medianía con la falsía y la audacia». ⁽²⁾

Naturalezas más toscas, como Ibsen, el demoledor del orden y de las costumbres, revisten con las mismas expresiones de cólera su manera de considerar la vida y la filosofía de la historia: «Frasas nebulosas, dicen, y humareda de incienso constituyen el fantasma de la historia universal». ⁽³⁾

En presencia de estos hechos, comprendemos, aunque lamentándolo, que quienes reflexionan sobre lo que les ha sucedido, y no creen en los designios misteriosos de un poder y de una sabiduría supremos, que, por consiguiente, los sectarios del Humanismo pronuncien juicios con el aire

(1) Swift, *Gulliver*, 1, 4.—(2) Leopardi, *Palinodie* (Hamerling), 120.

(3) Ibsen, *Gedichte*, (Passarge), 128.

de suficiencia que les es familiar. Casi siempre han considerado como indispensable condición para figurar como espíritus no vulgares expresarse en términos tan fuertes como posible sea acerca de la humanidad. La refinada literatura de los siglos XVII y XVIII se distingue precisamente por esa hostilidad hacia los hombres. Únicamente los simples pueden admitir que haya virtud en el hombre, pretenden los moralistas profanos que gozaban de la mayor influencia en aquella época, Mandeville, La Rochefoucauld, La Bruyère. Nadie obra bien, sino por egoísmo y por vanidad, por disimulo ó por miedo. ⁽¹⁾ Montesquieu declara que son completamente inútiles las tentativas de mejoras, pues nadie puede mejorar lo que no mejora la naturaleza. ⁽²⁾ Habría que desesperar del mundo, dice Voltaire, si quisiéramos reflexionar acerca del estado en que se encuentra. Felizmente para nosotros, añade—para que no olvidemos que es Voltaire quien habla—somos demasiado frívolos por naturaleza, y, de consiguiente, rara vez nos entregamos á semejantes reflexiones. La verdadera sabiduría que nos hace la vida tolerable consiste para nosotros en la despreocupación y el placer. ⁽³⁾

Se necesita evidentemente ser Voltaire para mantener esa doctrina, y no llegaron á tanto muchos de sus mismos adoradores. Contra su desdeñosa burla, nuestra época se distingue por la fiera manía de condenarlo todo; el mismo Diógenes tendría que confesarse vencido por el pesimismo moderno; podría creerse que la época actual ha tomado su consigna de Nicolás Chamfort, quien dió esta repugnante receta para las relaciones con los hombres: «El día en que hayas de reunirte en sociedad, te aconsejo que tragues por la mañana un sapo, estarás á lo menos seguro de no encontrar entre tus relaciones un ser más desagradable». ⁽⁴⁾

(1) Vorländer, *Gesch. der philos. Moral.*, 585 y sig., 621, 648.

(2) Montesquieu, *Esprit des lois*, 19, 4, 5.

(3) Voltaire, *Dict. philos. art. Frivolité* (*Œuvres*, 1785, LI, 506, 598; *art. Heureux*, ib. LII, 244 y sig.

(4) Lotheissen, *Lit. und Gesellschaft in Frankreich zur Zeit der Revolution*, 34.

6. El dogma fundamental del humanismo como segunda causa del desprecio de los hombres.—Todos deben, pues, confesar, si examinan la vida sin mitigar la penosa impresión de este examen elevando los ojos hacia Dios, que comprenden el estado de ánimo del pesimista.

Sin embargo, no basta eso para explicar esta doctrina como escuela ó como sistema; millares de menospreciadores de hombres no constituyen una escuela de desprecio hacia los hombres. Siempre hubo quienes odiaron á sus prójimos; pero estaba reservado á nuestra época el enseñar sistemáticamente el odio al hombre como resumen del saber humano. No es difícil comprender que era indispensable acabar en eso, si se tiene en cuenta un segundo principio del Humanismo.

Cuando se deploraba que los hombres sean tales como son, tales como se les encuentra; cuando en los espíritus dominaba la idea de que no debería ser así, el Humanismo no se había dado cuenta aún de su naturaleza más íntima; ahora dice categóricamente que así debe ser, que ese retroceso á la barbarie es precisamente la verdadera humanidad, y condena toda tentativa de decir que está corrompida la naturaleza y de aconsejar á los hombres que se purifiquen, y hasta el que se eleven hacia lo sobrenatural.

Rousseau dió este último paso para aclarar la situación; con una sola palabra, con la corta frase que encabeza su *Emilio*, expresó tan claramente la cuestión que fué siempre el centro de la lucha, que en lo sucesivo todo equívoco es imposible; por eso puede ser llamado padre del Humanismo llevado á su más alto punto. Así se explica como nuestra época, que se coloca sin reserva en este punto de vista, admira tanto á Rousseau. Haciéndose intérprete suyo, le pone Carlyle entre los héroes de la humanidad, naturalmente, de la humanidad humanista, y le celebra como uno de los colosos intelectuales que lucharon por el triunfo de esa idea llamada por él divina, y que sucumbieron. ⁽¹⁾

(1) Carlyle, *Héros et adoration des héros*, 281.

Desde que Rousseau expuso en toda su claridad el dogma fundamental del moderno Humanismo, cambiaron por completo de forma todos los preceptos relativos á la educación de la juventud y á lo que debe ser el hombre. No se dice ahora como antes: «El hombre se hace bueno únicamente purificándose de sus imperfecciones y se ennoblece con buenos ejemplos»; sino: «Perfecto es el hombre que sólo confía en sí mismo. No imites á nadie, vive como eres, como un espíritu puro é independiente, que es él mismo, y que eres tú mismo. Como tal, no te mancilles, no te rebajes, pues, en tu calidad de ser, te pareces á todo ser de la tierra ó del cielo. Desde el principio han brotado en ti como de primera fuente la bondad y la verdad, y rico en dones divinos, ves como pierdes tu belleza. La humanidad se bastará á sí misma, porque puede hacerlo. Mucho tiempo hace que sería perfecta la humanidad, si únicamente hubiera confiado en sí misma; sólo el sentimiento de independencia hace verdaderos hombres, y sin él no los hay». (1)

Podría creerse, conforme á esto, que en todas partes debe manifestarse en el hombre entregado á sí mismo una gozosa confianza de ser más perfecto cada día; pero en vez de eso, aumenta el menosprecio de cosas y personas en grado tal, que se hace verdaderamente intolerable.

Sin embargo, quien mire el fondo de las cosas encontrará eso muy natural. Nadie negará que hay mucho mal en la humanidad; pero si el hombre es como debe ser, según pretende el espíritu humanista, si toda corrupción moral forma parte de su naturaleza ¿cómo sería entonces posible pensar ó hablar de él sin desagrado?

Verdad es que Rousseau pretende que el hombre es bueno por naturaleza, pero eso no es más que un juego de palabras. Bueno, para él, significa tanto como ordinario hasta el exceso; la que llama bondad natural Rousseau, es la bondad del animal. Por naturaleza, dice, es semejante al animal; obedece á todos los instintos y todos los apetitos.

(1) Leop. Schefer, *Hausreden*, 24, 281, 362, 288.

tos. Volney, (1) el fiel discípulo de Rousseau, es lógico cuando dice, como Hobbes había dicho ya, que el hombre en el estado natural en nada cede á los osos y á los monos en grosería, en ignorancia, en malicia y en crueldad. Al hombre de naturaleza, como tampoco al animal, no se le ocurre la idea de contener sus apetitos; además, aventaja al hombre corrompido por la civilización en no sentir más que el animal las trabas de la razón y de la conciencia. En esto precisamente consiste su natural belleza. El mal comienza con el desenvolvimiento moral y social; la reflexión acaba por hacer del hombre un animal degradado. La verdad, la bondad y la naturaleza desaparecen de él á medida que progresa la civilización; sólo quedan los impulsos y los instintos antiguos; ahora los considera como malos, pero obra, sin embargo, conforme á ellos. (2) Una vez abandonado el estado de naturaleza por el pretendido progreso moral, no se procede ya conforme á la naturaleza salvaje, es decir, conforme á su naturaleza animal de otro tiempo; pero tampoco se deshace de su antigua naturaleza hasta el punto de no obrar contra los caprichos de su conciencia, que, en el intervalo, fué formada artificialmente, ó más bien deformada. Esto es proceder peor que el animal; mejor le hubiera sido quedar como era y como el animal es todavía, es decir, en el estado de naturaleza.

Dadas esa doctrina y otras semejantes, no es difícil de comprender el pesimismo; sólo Voltaire puede tratar esas ideas empleando la ironía ligera con que recompensa á Rousseau y á los suyos. Jamás, le escribía, (3) desplegó nadie tanto ingenio para hacer de nosotros bestias salvajes; leyendo vuestro libro, casi se desea andar á cuatro pies. Pero, en presencia de una sociedad en que tales opiniones se consideraban de buen tono, sienten involuntario malestar y disgusto quienes toman las cosas más en serio que ese

(1) Volney, *La loi naturelle*, cap. 2.

(2) Vorländer, *loc. cit.*, 647 y sig.

(3) Raumer, *Geschichte der Pädagogik*, II, 187.

ingenio burlón, y hasta despreciarían á los hombres, si no se lo impidieran verdades de más elevado orden.

7. La tercera causa es la depreciación personal y la falta de estimación de sí mismo.—Hay además una tercera causa. Desconocer la dignidad humana en los demás, es malo y muy malo; pero no considerar al hombre en sí mismo como santo, es uno de los males más funestos, pues quien procede así, retrocede y cree lo mismo de los otros. Y el modo humanista de considerar al hombre tiene también al mismo fin.

¿Qué mérito puede encontrar en sí mismo aquel á quien se persuade de que todos los impulsos, todos los instintos que en su naturaleza encuentra, son buenos y legítimos? Todo educador sabe que un joven no empieza á reprimir sus pasiones y á trabajar en su corrección, si no recobra la estimación de sí mismo que perdió; y que se alcanza mejor ese resultado entusiasmándole por una vida de esfuerzos y de sacrificios para un verdadero mejoramiento; pero ¿cómo podría encontrar nadie gusto en la abnegación, en el trabajo de purificación del alma, si cree que es ya como debe ser, y que en todo caso no podría hacer de sí cosa mejor que lo hecho por la naturaleza? Y ¿quién podrá hacernos tolerable la amarga necesidad del sacrificio, si no vemos en nosotros ninguna necesidad de ello, ni fuera de nosotros recompensa alguna?

En semejante disposición de espíritu debería de estar Schiller cuando escribió sus dos poesías: *Lucha* y *Resignación*. La sublime lucha entre la conciencia y los atractivos sensuales le parece semejante á un tiránico destino, verdadera esclavitud á que vive sujeto. No niega que la virtud tenga en sí algo de grandioso; sin embargo, la llama servidumbre; para él, tan sólo es libre quien lleve las cadenas de rosa del placer, y no quien luche por la virtud después de haberse obligado á ello con juramento. «No lucharé ya más en el combate gigantesco del deber. Si no puedes sofocar los ardientes instintos del corazón, no exijas, ¡oh virtud! semejante sacrificio».

Verdad es que un día, en un movimiento de irreflexivo entusiasmo, le hizo los más sagrados juramentos con la esperanza de una recompensa eterna. Pero ve delante de sí el Moloch á que debe sacrificar la felicidad de su vida, y entonces revoca su juramento y devuelve á la virtud la promesa de una recompensa: «He jurado, sí, he jurado dominar mis pasiones; pero he aquí tu corona, consiento en perderla para siempre, recógela y déjame pecar».

Hasta rechaza, como vana ilusión, la esperanza de la inmortalidad, de la recompensa eterna, esa deuda contraída con los muertos: «Heme ya en tu puente sombrío, terrible eternidad; te devuelvo la promesa de felicidad que me habías hecho; te la devuelvo intacta; no sé lo que es felicidad».

Bien ve que es un acto poco honroso, pero no le importa y frívolamente exclama: «Feliz el que sumido en la embriaguez de los deleites olvida su profunda caída tan fácilmente como yo». ⁽¹⁾

Por fin llama á eso renuncia heroica, y reivindica la admiración por no creer ya más que en esta vida y en los placeres. Pero ¿qué dirá cuando por experiencia sepa que la tierra no proporciona los placeres que de ella esperaba? ¿Qué hará cuando la naturaleza y esta vida le devuelvan intacta la promesa de felicidad que arrojó á los pies de Dios y de la fe? Se verá desengañado de todo, de la realidad y del ideal, de las cosas temporales y de las eternas, de la fe, de la conciencia, de la esperanza, de todo. Como dice él mismo, estará perdido para siempre.

¿Qué estimación puede tener de sí un hombre en semejante disposición de espíritu? ¿Puede suponer algo bueno en los demás?

Y ahora representémonos al hombre, al verdadero humanista, con tales disposiciones de ánimo, desprovisto de ideales, no sabiendo ya á qué atenerse relativamente á la humanidad; no confiando en ningún poder superior, lanzado en el tumulto y en las complicaciones de la vida. Quien

(1) Schiller, *G. W.*, (1853) I, 83 y sig.